

Canadá, México y América del Norte: una comunidad de vecinos*

William Graham

Agradezco a la Secretaría de Relaciones Exteriores (SRE) la oportunidad de dirigirme a este distinguido público de estudiosos de la política exterior, académicos y otros amigos de Canadá y México. Es especialmente grato estar de regreso en este maravilloso país, con el cual he desarrollado una estrecha relación personal y, en forma más reciente, como primer presidente del Foro Interparlamentario de las Américas (FIPA). Hace año y medio tuve la oportunidad de trabajar muy de cerca con mis amigos y colegas del Congreso mexicano para asegurar el lanzamiento exitoso de este foro.

El otoño pasado visité México como miembro de una delegación parlamentaria encabezada por el portavoz de nuestra Cámara de los Comunes. Posteriormente, estuve en una reunión ejecutiva del FIPA, de la cual fue anfitriona la senadora Silvia Hernández, en Querétaro, su estado natal. En enero de este año asistí a reuniones con colegas en la ciudad de México y Oaxaca y, cuando recibí la llamada del primer ministro Jean Chrétien para hacerme cargo de la cartera de Relaciones Exte-

* Conferencia que, con el título “Canadá y México: un futuro trilateral y hemisférico”, fue pronunciada en el Auditorio Alfonso García Robles, de la Secretaría de Relaciones Exteriores, el 14 de marzo de 2002 (versión en español).

riores, me encontraba en Cuernavaca estudiando español. El primer secretario de Relaciones Exteriores al que recibí en Ottawa ya como ministro fue a mi colega, Jorge G. Castañeda. Y, en menos de tres semanas, es un placer para mí estar de regreso en México para seguir conversando con el canciller y con mis numerosos amigos congresistas mexicanos. Como ustedes pueden ver, ahora soy en parte mexicano, y esto es natural, debido a la intensidad de las relaciones entre nuestros países.

En realidad, la frecuencia del contacto, que se refleja también en los muchos intercambios que han tenido lugar en el transcurso del año pasado entre ministros de Gabinete y parlamentarios canadienses y mexicanos, no es casual. Este contacto sostenido, frecuente y de alto nivel, refleja, por el contrario, las relaciones cada vez más dinámicas entre nuestros dos países. Hoy, más que nunca, nuestros sectores privados, nuestras universidades, nuestras organizaciones no gubernamentales (ONG) y nuestros ciudadanos están intercambiando objetivos compartidos, cooperando y trabajando para lograrlos. Los vínculos se están expandiendo en forma exponencial.

Deseo aprovechar esta ocasión tanto para describir la relación en proceso de evolución como para plantearle un reto. Lo haré como si se tratara de una fotografía instantánea que muestre cómo Canadá y México han llegado a interactuar de una manera mucho más estrecha en numerosos y diferentes contextos para, en seguida, proponer un reto, dado que el crecimiento, por sí mismo evidente de nuestra relación, conlleva la necesidad constante de redefinir la dirección que se está tomando y nuestro manejo de las nuevas oportunidades.

América del Norte, como nuestro vecindario compartido, está definida por cuatro relaciones complejas e interconectadas: tres relaciones bilaterales y una trilateral. A continuación comenzaré por compartir algunos de mis puntos de vista acerca de los vínculos entre Canadá y México.

La relación entre estos dos países ha sido, por tradición, cordial, aunque sólo moderadamente interesante para algunos actores de uno y otro país. Si bien no ha sido muy cercana o dinámica, tampoco ha sido distante. El primer cambio realmente cualitativo comenzó con la negociación e implementación del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN), hace 10 años. El segundo cambio significativo empezó con la elección presidencial en México, en julio de 2000. Expresado de manera sencilla, el impacto combinado de estos dos sucesos clave significa que nuestros países están comerciando más, nuestros sectores privados están invirtiendo más y nuestros gobiernos, nuestros parlamentos y los muchos participantes no gubernamentales están llegando a conocerse mejor y a un grado nunca antes experimentado. No sólo nos estamos familiarizando en mayor medida entre nosotros, sino que estamos siendo testigos de una convergencia alrededor de un conjunto de valores y expectativas cada vez más compartidos como vecinos.

El TLCAN ha demostrado ser un motor sumamente exitoso para el crecimiento económico de América del Norte. No mencionaré cifras, pero actualmente Canadá es el segundo mercado de exportación para México, país que exporta más a Canadá que a Europa en su conjunto.

Por su parte, México se ha convertido en nuestro cuarto mercado de exportación más importante, además de compartir, hecho que no resulta una sorpresa para nadie, al mismo país como socio comercial número uno. Desde que el TLCAN se puso en práctica, el sector privado canadiense ha aumentado sustancialmente sus inversiones en México. Esto podría incrementarse y, sin duda, así será.

Sin embargo, el nuevo dinamismo entre nuestros dos países se extiende en la actualidad mucho más allá del comercio y la inversión. El turismo en ambos sentidos es sustancial y continúa aumentando. Nuestras instituciones académicas, alenta-

das por nuestros gobiernos, han sido precursoras de una cooperación que ha alcanzado un nivel impresionante, que implica intercambios académicos, el flujo creciente y recíproco de estudiantes, proyectos de investigación compartidos y el desarrollo conjunto de materiales para cursos en las aulas universitarias de los dos países.

Además, se están plasmando programas culturales innovadores. Por nuestra parte, reconocemos que México es una sociedad sumamente sofisticada y desarrollada, que toma con seriedad sus propias culturas y las de otros. Lo anterior se hizo evidente en mi reciente viaje, cuando estuve en el Palacio de Bellas Artes y el Museo Nacional de Antropología, en la ciudad de México, o en el Museo de Santo Domingo, en Oaxaca. En consecuencia, Canadá ha dedicado recursos adicionales y energía creativa para dar a conocer a México y a los mexicanos el sabor pleno de su diversidad cultural.

En forma particular, es grato destacar que Canadá ha sido honrado como el país prominente en el Festival Cervantino de este año. El próximo octubre, más de 22 artistas y grupos participarán tanto en Guanajuato como en la ciudad de México, lo que hace de éste el mayor evento cultural de Canadá en América Latina. Creo firmemente que esta exposición a la diversidad y a la amplitud del talento canadiense desarrollará nuevos vínculos productivos entre nuestras respectivas comunidades culturales.

Las relaciones parlamentarias han adquirido también un nuevo significado y están floreciendo. Soy testigo personal del cambio que ha ocurrido en el transcurso de un año y medio. Varios comités de congresistas mexicanos realizaron visitas oficiales a Canadá el año pasado, y esperamos más en 2002.

Hay una asociación sólida y llena de vitalidad entre el Parlamento canadiense y el Congreso mexicano a través del Foro Interparlamentario de las Américas. Esta misma semana, el

Standing Committee on Foreign Affairs and International Trade (Comité Permanente de Asuntos Exteriores y Comercio Internacional) de la Cámara de los Comunes se encuentra en México para escuchar a un número de distinguidos mexicanos que hablarán sobre el futuro de la relación norteamericana. En mayo, habrá asimismo una reunión del Grupo Parlamentario México-Canadá en mi país.

Es apropiado y alentador que nuestros organismos legislativos se hayan comprometido a fortalecer los vínculos entre ellos. En realidad, en reconocimiento al dinamismo de esta parte de nuestra relación, la embajada de Canadá en México ha establecido una Congressional Relations Unit (Unidad de Enlace con el Congreso), a fin de prestar servicio a estos intercambios de manera apropiada. Se trata de la tercera unidad de esta naturaleza que el gobierno canadiense tiene en el extranjero.

Existe también, desde hace más de 25 años, un programa modelo para trabajadores huéspedes. Un número creciente de trabajadores agrícolas pasa anualmente de ocho a nueve meses en granjas canadienses. Aunque se enfoca de manera principal al sector agrícola y a las provincias de Ontario y Quebec, la iniciativa de trabajadores huéspedes continúa expandiéndose, tanto en el número de trabajadores implicados como en las provincias canadienses que participan en este programa.

Además, estamos explorando la posibilidad de extender esta iniciativa a otros sectores. El programa es un ejemplo exitoso que muestra cómo dos gobiernos pueden trabajar en forma estrecha de una manera racional y mutuamente benéfica.

Asimismo, hemos entrado en áreas totalmente nuevas de cooperación bilateral, lo que demuestra madurez y confianza recíproca en nuestras relaciones bilaterales. Hago referencia al ejercicio cabal del poder, la transparencia y la responsabilidad. Al respecto, es importante señalar que el presidente Vicente

Fox y muchas otras voces en México han hecho claro su compromiso con estos objetivos, que Canadá ve con beneplácito.

Mi país ha tenido el privilegio de compartir sus experiencias con los funcionarios mexicanos y, a su vez, aprender de la experiencia mexicana en evolución. Me impresionaron especialmente los comentarios del secretario Castañeda, cuando se encontraba en Ottawa, acerca del papel que desempeñan las ONG canadienses en México, y de la actitud abierta del gobierno para considerar sus opiniones. Lo anterior nos hace sentir que somos socios para el desarrollo de instituciones modernas y democráticas en México.

En el transcurso del año pasado, funcionarios canadienses y mexicanos de alta jerarquía intercambiaron sus más valiosas experiencias en cuanto a las estructuras institucionales y los procesos de gobierno. También compartieron experiencias acerca del fortalecimiento de lo que nosotros, en Canadá, llamamos la maquinaria del gobierno; es decir, la planeación del presupuesto y la racionalización de los gastos gubernamentales; el acceso a la información; la coordinación y la planeación estratégica gubernamentales, así como la mecánica y la esencia ricas y siempre en evolución del federalismo práctico. No es una vía en un solo sentido, por ningún concepto. Ambos nos hemos enriquecido con estos intercambios. Los dos gobiernos tienen, por consiguiente, el compromiso de buscar intercambios ulteriores en los meses y años venideros.

He dedicado una buena parte de mis observaciones a la relación bilateral entre Canadá y México porque es esta dimensión la que ha florecido tan positivamente en los últimos años. Es cierto que debe subrayarse, sin embargo, que nuestras relaciones respectivas con Estados Unidos, siempre complejas —algunas veces, me atrevería a decir, igualmente frustrantes—, han entrado también a una fase dinámica y creativa, llena de poten-

cial para todos nuestros ciudadanos. ¿Qué hay entonces con respecto a la cuarta relación, el trilateralismo?

Con base principalmente en el éxito del TLCAN para los tres socios, un coro creciente de norteamericanistas ha estado pidiendo una mayor integración. En realidad, comerciamos más, discutimos más, nos conocemos mejor. La convergencia, ya sea dirigida o no por los gobiernos, está ocurriendo, y puede esperarse más.

El gobierno de Canadá apoya el desarrollo de una relación norteamericana más plena, relación que posee muchas facetas y muchos lados. No vemos al trilateralismo como una alternativa para nuestras respectivas relaciones bilaterales, sino como un proceso complementario y enriquecedor. Tenemos ya una relación trilateral activa de gobierno a gobierno sobre el comercio y la inversión, el medio ambiente y el trabajo. Nuestros sectores privados están invirtiendo y comerciando en forma trilateral. Nuestras instituciones académicas están cooperando de manera trilateral. Estos vínculos crean una base sólida sobre la que podemos seguir construyendo.

La verdadera pregunta es ¿cómo llevar a cabo esta nueva construcción? No pretendo formular respuestas concretas a esta pregunta, sino alentarlos a ustedes, a otros líderes y a los responsables de dar opiniones en América del Norte, para que reflexionen con detenimiento y de manera creativa sobre la forma de proceder.

¿A qué grado deben los gobiernos intentar dirigir o incluso estructurar parcialmente una integración más amplia? ¿A qué grado pueden los participantes no gubernamentales, entre ellos el sector privado y las instituciones académicas, dar forma a la futura integración por medio de sus propias actividades independientes? ¿Cómo deben ser las instituciones necesarias para administrar una relación cada vez más integrada? Es preciso tener una visión clara de cómo pensamos que debe en-

contrarse el continente después de esta generación, ¿pero están nuestros ciudadanos preparados para una visión grandiosa? ¿Podría ser, por el contrario, que una visión apresurada y poco realista con respecto a puntos controvertidos, como una moneda común o una unión económica, funcionara en contra de lo que objetivamente es posible lograr en el transcurso de los próximos cuatro a cinco años? ¿Cómo integramos las diversas voces de nuestras sociedades a fin de profundizar los vínculos que cada vez nos unen más, y en formas que se consideren mutuamente benéficas y fortalecedoras?

Estoy convencido en lo personal de que nosotros, en el gobierno, podemos desarrollar una agenda a mediano plazo, tanto en lo económico y lo político como en las relaciones exteriores, que nos permita complementar la actividad que ya está siendo promovida por los muchos otros participantes de nuestras sociedades, con vistas a la creación de una comunidad verdaderamente norteamericana.

Por mi parte, tengo la intención de trabajar con mis colegas, de regreso a casa y aquí en México, con el objeto de identificar, a mediano plazo, una agenda constructiva y creativa de esta naturaleza. El secretario Castañeda y yo hemos ya planteado esta posibilidad durante su visita a Ottawa; tenemos un interés mutuo en buscar estas posibilidades, reconociendo que Canadá y México poseen un interés más natural en estos asuntos que nuestros primos estadounidenses.

Por su parte, en la primera reunión trilateral, los presidentes Fox y Bush y el primer ministro Chrétien, después de la Cumbre de las Américas en Quebec en abril de 2001, comentaron favorablemente acerca del grado de cooperación intergubernamental, así como sobre los múltiples contactos entre miembros no gubernamentales de nuestros tres países. Los líderes pidieron también una mayor discusión, investigación y reflexión sobre el surgimiento de la comunidad norteamericana-

na. A fin de identificar nuevas áreas para la convergencia de políticas, estamos apoyando activamente el análisis acerca del futuro de América del Norte dentro de los centros de investigación, las universidades y otras instituciones canadienses.

Lo que estamos haciendo en América del Norte no puede estar divorciado de lo que sucede en el hemisferio. En la Cumbre de las Américas en Quebec, los países del continente acordaron una estrategia y fijaron prioridades para la región. Esa visión de futuro —con inclusión de América del Norte— se basa en los pilares de la seguridad, la democracia, la prosperidad y el desarrollo social.

La Cumbre de Quebec colocó esta visión de las Américas en un lugar prioritario entre las pláticas actuales sobre la integración hemisférica. La misma estableció una agenda equilibrada y coherente, fundamentada en los valores de la democracia, la prosperidad económica, el desarrollo social y la seguridad. Se trata de una agenda que reconoce la interdependencia creciente que vincula a los pueblos de este continente, que es flexible y que puede adaptarse para responder con rapidez a situaciones como los ataques terroristas del 11 de septiembre.

Con el objeto de facilitar la acción de cooperación contra el terrorismo, los ministros de Relaciones Exteriores hicieron imperativa la negociación de un Convenio Interamericano contra el Terrorismo —labor que debe terminarse en junio, a tiempo para la siguiente Asamblea General de la Organización de los Estados Americanos (OEA)—. Expreso, a propósito de lo anterior, mi agradecimiento a México por presidir las negociaciones de la Convención.

No es una coincidencia que el enfoque canadiense hacia el hemisferio se asemeje mucho al que existe hacia México. Además, vemos la colaboración activa de los socios de América del Norte como esencial para la construcción de un continente próspero y democrático.

El hecho de que nuestra propia relación bilateral haya ya explorado el fortalecimiento de las instituciones democráticas, así como el desarrollo de políticas y diferentes modelos de desarrollo social, hace que la experiencia de Canadá y de México sea un modelo interesante y útil para el hemisferio. Ahora debemos explorar la manera de llevar lo mejor de esta experiencia conjunta a un nivel hemisférico más amplio.

Como presidente saliente del FIPA, debo decir que mi propio trabajo con mis contrapartes del Congreso mexicano ha sido una experiencia muy enriquecedora. Como lo mencioné antes, en este preciso momento, los parlamentarios de más de 20 países del hemisferio están reunidos en la ciudad de México para la Segunda Reunión Plenaria del Foro Interparlamentario de las Américas.

En la actualidad, los parlamentarios desempeñan una parte cada vez más importante en el desarrollo de las políticas tanto del exterior como nacionales. Pueden y deben actuar como un puente independiente entre los ciudadanos y los gobiernos, y asegurarse de que las preocupaciones de los ciudadanos se tomen en consideración, se respete el estado de derecho y se haga responsables a los gobiernos. El alcance y el compromiso hemisféricos de los parlamentarios del FIPA es otro signo favorable de cómo puede unirse el continente y lo está haciendo.

Canadá y México no sólo forman parte del mismo continente, también comparten varios asuntos en común. México es demasiado importante para nosotros como para considerarlo simplemente como parte de un arreglo trilateral o el objeto de una relación bilateral. Ambos aspectos son cruciales y se refuerzan en forma recíproca. Ambos son totalmente congruentes con nuestros objetivos globales para el hemisferio. Nuestra búsqueda de áreas de consulta trilateral nos aportará dividendos; nos proporcionará oportunidades de cooperación trilateral, además de destacar áreas en las que podemos y debemos inten-

sificar nuestra relación bilateral. No obstante, hay que tener siempre presente que lo que hagamos bilateral y trilateralmente debe, a fin de cuentas, servir para construir un hemisferio más fuerte y más unido, en el cual todos podamos desarrollarnos y prosperar.